la manera que en otra parte decimos). Acabada la fiesta, que feneció con el día, se despidieron los unos de los otros y, llegando el rey a su casa, trató con los suyos de la valentía de los mexicanos, de la bizarría que en ellos habían visto y de otras particularidades que en ellos consideraban; y teniéndolos por más belicosos y determinados de lo que de ellos creían, trató el modo de cómo echarlos de su tierra; y siendo por los señores de su consejo así votado, les mandaron luego de su parte que se fuesen de aquel lugar y buscasen dentro de la laguna otro en que morasen. Ellos que lo deseaban, obedeciéronle luego y dejando los culhuas, se apartaron media legua de ellos a un lugar que llamaron Acatzintitlan y ahora se llama Mexicatzinco; pero pareciéndoles ser desacomodado para su vivienda, lo desampararon y vinieron a otro, llamado Nexticpac, media legua más acá, viniendo hacia la parte del norte; de allí volvieron a removerse a otro que llamaron Iztacalco, llegándose más hacia este sitio donde después fundaron la ciudad, que ahora es Mexico; y aquí estuvieron dos años. Hicieron un cerro fingido de papel; el cual pusieron enmedio de un areito con que festejaron a su dios, en hacimiento de gracias por haberlos librado de aquella gente y le festejaron toda una noche cantando la batalla y victoria que tuvieron con los xochimilcas; y como aquel lugar no era el que deseaban, pasaron un poco más adelante, buscándole, y haciendo alto parió la hermana de Huitzilihuitl, que había sido llevada presa a Culhuacan, cuando los cautivaron en Acocolco; y por haber parido allí fue llamado el lugar Mixiuhcan, que quiere decir: el paridero. Luego pasaron a otro donde bañaron la parida, por lo cual le llamaron Temazcaltitlan, que quiere decir junto al baño. De aquí fueron movidos por su dios a que buscasen el lugar donde habían de hacer su permanencia. El cual hallaron por el modo y manera que en el libro de las poblazones y capítulo de la fundación de esta gran ciudad de Mexico decimos, al cual lugar me remito,[1] pasando a decir en este que se sigue, la vida pobre y sola que en él hacian los mexicanos, por tener por contrarios todos los pueblos vecinos y comarcanos.

CAPÍTULO XI. *Donde se dice la pobre vida que estos mexicanos pasaban en los principios de la fundación de esta su ciudad mexicana y persecuciones que otras gentes les hicieron; y se dice la causa de haberle puesto por nombre Tenochtitlan*

A DECIMOS EN EL LIBRO DE LAS POBLAZONES el origen y principio que tuvo esta ciudad de Mexico, apareciendo en él una peña y un tunal nacido en ella y un águila caudal encima; todo lo cual pareció junto a unas aguas (según algunos dicen) blancas, otras azules o verdes y muy profundas. Lo cual parece cosa fabulosa y más mentira y patraña que historia verdadera, y no es esta ciudad la primera que con portentos y prodigios se dice ha sido fundada en el mundo; porque de la Atenas, dice el

[1] Torquemada, lib. 3. 22.

glorioso padre San Agustín, en los libros de la *Ciudad de Dios*,[1] citando a Varrón, que cuando querían fundarla los atenienses, repentinamente apareció en aquel lugar un árbol de oliva; y en otro allí junto una fuente que reventó de agua. El rey Cecrops, que vido las repentinas visiones y no sabiendo el fin que representaban, aunque entendía que era cosa importante y necesaria para la dicha fundación, por no errar envió a consultar el caso al templo de Apolo, en Delfos; el cual respondió que la oliva representaba la diosa Minerva y el agua al dios Neptuno, y que los nombres de estos dos dioses se ponían a la elección de los que querían fundar aquella ciudad. Y como entonces entraban las mujeres en consulta y consejo, juntamente con los hombres (según prosigue luego, el mismo padre Agustino), votaron los unos y los otros por el nombre que se le había de dar a la ciudad. Las mujeres decían que el de Minerva, y los hombres que el de Neptuno; y como estuvieron los votos partidos, puestos los hombres a una parte y las mujeres a otra, contaron los votos y hallaron haber uno más entre las mujeres que entre los hombres y prevaleciendo su parecer, diéronle el nombre que pedían de Minerva, que en griego quiere decir Athenas; y de esta manera se quedó esta celebrada ciudad con este dicho nombre. De manera que cuando la ciudad de Mexico haya sido nombrada en sus principios con este nombre, Tenuchtitlan, no fue sin causa; pues tuvieron motivo de haber visto la piedra y tuna (como hemos dicho), que ambas cosas significan este nombre. En este lugar se ranchearon (como decimos en el libro de las poblazones) haciendo unas pobres y pequeñas chozas, rodeadas de carrizo y espadañas, que ellos llaman xacalli, y en otras provincias bahareques; en las cuales pasaban su vida, estrecha y pobremente, por ser el lugar muy pobre y desamparado; y como gente pobre y desamparada y guerreada de todos los pobladores de la tierra firme, comían raíces de tulli y otras yerbas que en el sitio y en sus alrededores se criaban. Pero como la necesidad es madre de toda invención e industria, enseñóles modo de pescar haciendo redecillas y otras invenciones de yerbas, con que pudiesen sacar del pescado que en esta laguna dulce se cría. Y aquí comenzaron las pescas en esta laguna, que hasta este tiempo dicho no sabían de ellas los otros moradores de la tierra; y como les había sucedido bien y tenían ya manera de poderse mejor sustentar, fueron continuando la pesquería, de la cual tuvieron noticia los comarcanos de la tierra; los cuales vivieron mucho tiempo ignorantes de aquella poblazón, porque los mexicanos estuvieron trece años, desde que llegaron al sitio del tunal, hasta que se dividieron en los dos barrios que ahora son Mexico y Tlatilulco; y en todo este tiempo no hubo noticia de ellos entre las gentes que vivían a estotra parte del norte, por tener creído que estaban presos y cautivos en la tierra de los culhuas. Pero como los humos se divisaban y algunos ruidos que debían de oír, vinieron a conocimiento de que enmedio de estas aguas había algunas gentes pobladas; aunque deseaban saber quiénes fuesen, no se atrevían por respeto de estar enmedio de las aguas (que entonces

[1] Div. Aug. lib. 18. de Civ. Dei. cap. 9.

era esta laguna dulce muy honda) y por no atreverse a entrar en ella, por no saber modo de poder salir. Pero vinieron a entender que eran los mexicanos los que aquí se habían rancheado y hecho su población; y aunque muchas veces quisieron hacerles guerra no osaban, por la razón dicha.

Cuéntase que el olor del pescado que comían los mexicanos llegaba a las narices de las gentes comarcanas y que envidiosos de ello los quisieron desposeer del lugar y que nunca se atrevieron, temiendo el valor mexicano y recelando perecer en las aguas, que eran hondas y muy llenas de carrizos y espadañas; y que deseando comer de aquella comida y manjar que ellos no alcanzaban y no pudiendo por las dificultades que se les ofrecían, vínoles un grande antojo, del cual antojo se hincharon las gargantas de todos los antojadizos y murieron muchos de ellos. Esto dicho, pase por cuento; pero si hubiere quien quisiere creerlo por verdad, podrá fundarse en esta razón, que el demonio, que hacía favor a los mexicanos, usase de esta astucia para poder con ella atraer a los otros idólatras que lo supiesen a mayores cegueras y más aventajados y diabólicos servicios suyos; porque pudo fingir aquel olor o tomar algún pescado y ponerlo invisiblemente en las narices de los que lo olían y que de esto pudiese nacer naturalmente aquella enfermedad de garganta; y siendo la hinchazón de pujamiento de sangre, y no haciéndole remedio ninguno por no ser conocido el mal, muriesen de ello los que murieron. A esto ayuda decir San Agustín, en el lugar arriba citado,[2] que enojado Neptuno, del agravio que le habían hecho los atenienses, en no haberlo recibido y honrado su nombre, dándolo a su ciudad, sacó las aguas del mar de sus límites y cerco y las derramó por sus campos y dehesas, y las destruyó todas. Y dice luego, que esto no le es dificultoso al demonio; pues si el mar (del cual dice el santo rey David, en el psalmo, que le ha puesto Dios, término y cerco para que no pase punto adelante) salió tanto que se derramó por las tierras atenienses y hizo tanto daño en ellas y esto por orden del demonio, ¿qué mucho que en esta ocasión hiciese este engaño, entre estos idólatras, sacando el olor del pescado, tan afuera de las aguas que llegó a las narices de los comarcanos? Porque si le concedemos el poder de sacar las aguas de sus quicios (como el glorioso doctor San Agustín se lo concede) también hemos de conceder esto, porque la misma fuerza es menester para lo uno que para lo otro; y el Señor, que le dio libertad para el un caso, se la daría para el otro; y esto por la manera y razón que ordenase y pluguiese a su eterna y secretísima providencia y sabiduría, que muchas cosas que sabemos y no alcanzamos su secreto, no es porque no es hacedero, sino porque como no lo sabemos todo, nos espantan sus efectos y sólo nos queda lugar y licencia de admirarnos de ellos.

Puestos estos mexicanos, en este lugar dicho, hicieron luego un altar a su dios Huitzilopuchtli (como lo tenían de costumbre en todas las mansiones y paradas que hacían, en especial en esta parte donde ya sabían que habían de tener su permanencia y estar muy de asiento). Pero como gente

[2] Div. Aug. lib. 18. de Civ. Dei. cap. 9.

pobre y descarriada no les llegó el posible adonde el deseo; y así le sucedió, que el altar no fuese con aquel adorno, majestad y grandeza que ellos quisieran; pero formáronlo pobremente, según pudieron; y colocado y puesto en él, su diabólico ídolo, festejáronlo con las solemnidades que acostumbraban; y sucedió que saliendo a caza un mexicano, llamado Xomimitl, en busca de algún animal irracional que poder traer para ofrecer a su dios, se encontró en el camino con un culhua, llamado Tlacochichil y riñendo los dos (porque eran mortales enemigos, como ya hemos dicho, los de Culhuacan y los de Mexico) venció el mexicano al dicho culhua y maniatándolo lo trajo vivo, con mucho contento, y le presentó a los demás que estaban en su pueblo; y acordándose todos de la burla que su rey culhua les había hecho, cuando le pidieron reliquias para su altar en el barrio de Contitlan, les había dado aquellas cuatro cosas sucias y asquerosas, envueltas en un paño (como ya dejamos dicho), tomaron de esto ocasión para matar a este cautivo y poner su corazón enmedio del altar de su ídolo para que las reliquias que usaban poner en ellos fuesen las más estimadas de la vida que es el corazón, el cual es el primero que vive en el cuerpo humano (como dice el Filósofo) y el último que muere. Hecho así quedaron todos muy contentos de ver el buen anuncio y agüero con que comenzaban a fundar su ciudad, echando en sus cimientos corazones de hombres vencidos y vengándose juntamente de la que les hicieron en la burla dicha del altar.

CAPÍTULO XII. *Del gobierno que tuvieron las dos repúblicas tenuchca y tlatilulca después que se dividieron y apartaron; y se dice la primera elección de reyes que tuvieron*

ÍCESE QUE HABIENDO PASADO veinte y siete años que había que se gobernaban en común, los unos y los otros, les tomó gana de elegir rey, al cual reconociesen por mayor entre todos y a cuya voz acudiesen para las cosas así de la paz como de la guerra.

Yo pienso que se movieron a esto por evitar confusión y particulares pretensiones, como las hay, donde mandan muchos, y los primeros que pusieron en ejecución este pensamiento, según opinión de algunos, fueron los tlatilulcas, cuyo primer rey fue Quaquauhpitzahuac hijo, según dicen, de Tezozomoctli, rey de Azcaputzalco; en especial vide este caso en una de las historias de estos dichos tlatilulcas, los cuales afirman haber tenido rey un año, primero que los mexicanos; y aunque por historias aculhuas y mexicanas se halla verificado haber tenido rey los mexicanos, un año primero que los tlatilulcas, con todo eso, hay de ellos quien lo niega y afirman lo contrario. Pero para respuesta de este caso no hallo otra sino la que dice Plutarco, en la *Vida de Theseo*,[1] el cual tratando de Seirron, que unos dicen haber sido gran salteador de caminos y matador

[1] Plutarc. in Vit. Thes.